

LAURA CÁZARES HERNÁNDEZ, COORD. *ESCRIBIR
LA LECTURA. REPRESENTACIONES LITERARIAS EN TEXTOS
HISPANO E HISPANOAMERICANOS*. BIBLIOTECA DE SIGNOS
67. MÉXICO: UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA-IZTAPALAPA, 2013. 279 p.

La obra cuenta con diez investigaciones y la presentación de la coordinadora Laura Cázares, todas con un objetivo en común: reflexionar acerca de la lectura, el libro y el lector en textos hispanoamericanos que abarcan los siglos XVI, XIX y XXI. Lo más interesante son las diferentes vertientes presentes en cada uno de los trabajos. Se retoma desde el estudio de las relaciones intertextuales, la actividad de la obra crítica, hasta el contexto de la lectura a través de la Teoría de la recepción, todo ello con el fin de crear una obra que hable por sí misma.

En “Desafíos de la memoria. De las lecturas de Bernal para la reescritura de la historia de algunos lectores curiosos”, María José Rodilla León muestra cómo a partir de la lectura de una obra nace otra. Menciona el caso específico de Bernal Díaz como lector y corrector de Gómara, pues “El estimulante de su voluntad para recrear el pasado surgió a partir de la lectura y se propuso la escritura de una nueva obra” (18). De esta manera, el trabajo toma como eje aquellos elementos de la obra de Gómara, que a los ojos de Bernal Díaz, desacreditan “en honor a la verdad” (19).

Esta investigación se complementa, de manera precisa, con la parte que la investigadora dedica a la historia textual, pues sirve como preámbulo para evidenciar las desaprobaciones que hace Bernal Díaz al texto de Gómara: “Las

ideas principales [...] de la lectura de Gómara son: el estilo florido puede ser engañoso; no tuvo buenos informantes y lo sobornaron; todo lo que escribe son mentiras, trampas, burlas, cuando debería decir la verdad, que es cosa sagrada” (27). A pesar de lo anterior, María José Rodilla apunta que las afirmaciones de Bernal no pueden tenerse todas por ciertas porque “su punto de vista [...] falsea la verdad y le hace decir a Gómara cosas que no aparecen por ninguna parte” (27).

En “Desafíos de la memoria...”, no sólo se analiza la lectura, sino también se remite al lector. Bernal sabe que su obra es leída por un público diverso, así que “busca la complicidad de los lectores” mediante la persuasión y la curiosidad, con lo cual también lograba “autoalabarse de las proezas que hacían los conquistadores” (34). En general, María José Rodilla expone cómo la obra de Gómara aviva en Bernal Díaz los recuerdos de la Conquista, provocando así la escritura de los verdaderos hechos que disfrutará algún curioso lector.

Marina Martínez Andrade, en “Lectura y representación en *Recuerdos de provincia* de Domingo F. Sarmiento”, muestra la manera como se representa el *yo* y el importante vínculo que existe con la lectura, pues, como afirma la investigadora, Sarmiento narra “significativos pasajes de su existencia, manifestando que el contacto con la lectura ha sido clave en su destino personal” (47). Es decir, las lecturas que realizó desde joven, fueron la pauta para la realización de sus obras, entre ellas *Recuerdos de provincia*.

La investigadora afirma que Sarmiento conoce la importancia del destinatario debido a que el autor utiliza frases que llamaron la atención de los lectores de esa época. También menciona la forma como está estructurada la obra y la preponderancia de la narración. Dichas aseveraciones funcionan como antesala para demostrar el motor principal de Sarmiento; Marina Martínez se refiere a la pasión por la lectura, esa etapa autodidacta que lo llevó a proponer y realizar innumerables progresos sociales, económicos, políticos, entre otros, elementos que se conjugan en *Recuerdos de provincia*: “la preocupación sarmientina se manifiesta como espacio crítico marcado por una necesidad de orígenes y de representación no sólo personal sino de la nación que emerge; de manera que el narrador/protagonista, al fusionar el ámbito privado con el público, configura su vida como ejemplar para la patria” (68).

En el tercer artículo, “Los libros y los lectores galdosianos: convenciones y reflexiones”, Alma Mejía parte de la afirmación de que en la novela decimonónica europea abundan los personajes femeninos que, a partir de sus lecturas, se relacionan con otros personajes y con su ambiente, una constante en la obras de Benito Pérez Galdós. La investigadora resalta la preocupación del escritor por la educación en España y la formación de un nuevo lector, pues, como afirma: “Se propone [...] crear un proyecto literario, vasto y complejo, que no sólo dé cuenta del mundo, sino que también contribuya a sanarlo” (75). Esto lo logra mediante una contraposición básica: “vida real frente a vida ficcional” (77), con base en *La desheredada*.

El artículo muestra cómo los personajes galdosianos —en especial los femeninos como Isidora, Tormento, entre otros— tienen la necesidad de leer no por el gozo de aprender, sino con la finalidad de pertenecer a un grupo social, cuyos integrantes parecieran ser educados o con buen gusto. Líneas adelante, Alma Mejía advierte que esos personajes se encuentran “insatisfechos con su vida, que se encuentran ansiosos de experiencias que, por algún motivo, les están negadas” (82). De esta manera, asegura que el libro, dentro de las novelas de Galdós, se convierte en un objeto carente de significado, pues la lectura ficcional es “una actividad dañina”, que bien puede enfocarse hacia la educación de las personas. Por último, concluye que Galdós pretendía no sólo educar a la sociedad y renovar los códigos de escritura, sino también hacer buenos lectores.

Por otra parte, César Núñez, en los primeros párrafos de su trabajo “Una literatura determinada: La historiografía literaria de Arqueles Vela y su relectura de la vanguardia”, enlista las obras publicadas por el escritor y menciona aquellas dedicadas a la historia del arte y la literatura, las cuales llaman la atención del crítico porque existe en ellas un conflicto constante entre el gusto por una determinada literatura, una perspectiva crítica y un efecto de lectura. Éstas a su vez tienen un trasfondo historiográfico, elementos de los que está conformado el eje principal del artículo aquí resumido.

Núñez inicia entonces con una revisión de la *Historia materialista del arte* de Arqueles Vela. En primer lugar, hace una relectura del libro *Evolución histórica de la literatura universal*, en la que estudia exclusivamente el estridentismo e

intenta reivindicar la vanguardia a la que Arqueles Vela pertenecía. Estudia también el volumen acerca del modernismo, el cual cataloga como un estudio monográfico. Por último, analiza *Fundamento de la literatura mexicana*, en donde se observa, afirma el autor, un claro cambio estético en el escritor. Al final, resume que la relectura de la historia literaria de Arqueles Vela “trata de conjugar una perspectiva crítica que fundamenta sus bases en el marxismo y el rescate de algunas de las escuelas de vanguardia [...] Esa operación se realiza por medio de la reinterpretación de esas vanguardias [...] y, por lo tanto, como un discurso propio del periodo revolucionario” (128).

Osmar Sánchez Aguilera, en “Borges, relectura, palimpsesto, poesía... (todo acerca de un esquivo ‘manuscrito’)”, afirma que leer a Borges es ser “lector de un lector”, pero no uno cualquiera, sino alguien capaz de reunir un siglo de la literatura hispanoamericana; el crítico lo llama la estética del lector o la poética de la lectura. Es decir, demuestra, mediante un análisis exhaustivo, cómo la lectura produce sentidos y a través de ella, es posible descubrir entre las líneas de un poema de Borges, sus propias lecturas o viceversa.

En el apartado tres, Osmar Sánchez continúa por la misma línea y reafirma que la literatura es como un manuscrito de otros: “la literatura como texto heredado que sólo permite inscribir pequeñas, apenas perceptibles variaciones” (156). De esta manera, concluye que el poeta se coloca como un lector que escribe, donde la tradición se reinventa “entre los tiempos y las pares que la constituyen” (157) y la lectura funciona como figura clave.

A la mitad de la lectura del libro, se encuentra el artículo “‘Cuatro chicas sensibles’: representaciones del lector en el imaginario de los novelistas semanales”. En éste, Margarita Pierini argumenta que la literatura de masas en Argentina fue causa de múltiples debates en contra de la literatura industrial, debido a que estos y otros acontecimientos alteraron la percepción que el escritor tenía de su obra. De ahí que haga una lista de los escritores que participaron en el binomio que ella llama arte/industria. Por ejemplo, menciona que Nicolás Olivari así como Héctor Olivera, entre otros; justifican que la creación de sus novelas cortas se debe a razones económicas y limitaciones del público lector, lo cual no impide que los autores hagan frecuentes críticas hacia la “literatura barata”, como lo expresa Roberto Arlt.

Margarita Pierini deduce que el escritor hace de la literatura una profesión. En otras palabras, la separación de la literatura *alta* y *baja*, la calidad de la escritura dependerá de a quién se esté dirigiendo: a un público *culto* o *popular*, acción compleja, dice acertadamente la autora, pues el público siempre es un misterio. Concluye que la modernidad ha traído “nuevos sujetos a los ámbitos excluyentes” (174), donde el campo literario se convierte en un espacio idóneo para estudiar los modelos sociales y donde la figura clave siempre será la compleja relación entre los escritores y el público masivo.

En otro orden de ideas, Luz Elena Zamudio, en su ensayo “Lectura y relectura, escritura y reescritura. Un *diálogo cuento* entre Guadalupe Dueñas y Leopoldo Sánchez Zúber”, estudia dos textos de diferentes autores, traslapándolos a partir del ejercicio metaficcional que los une. La investigación se divide en cinco apartados. En el primero se hace un repaso de la historia de la revista *Ábside*, mencionando su gran importancia con el fin de analizar el diálogo que se presenta entre Dueñas y Sánchez Zúber, gracias a la relación epistolar-ficcional que se da entre ellos.

En el tercero deduce que entre los dos textos existen ciertas diferencias, “en los seis años que separan una publicación de la otra, el ‘aprendiz’ se convirtió en ‘maestro’” (190). En el siguiente apartado, la investigadora afirma que los dos escritores reflexionan, todo el tiempo, sobre el quehacer del cuentista, aplicando dichas recomendaciones a sus propios textos; crear un cuento conlleva a que dentro exista otro cuento. En pocas palabras, el proceso de escritura entre los dos cuentistas es similar, debido a que ambos realizan reflexiones teóricas que evidencian la lectura y la escritura, las cuales son ejercicios, dice la investigadora, continuos e inseparables.

Aralia López González arguye que existen ciertos escritores en la narrativa mexicana que no sólo buscan la verosimilitud en sus obras, más bien la autenticidad desde sus observaciones y convicciones, tema central de su artículo “Archivos del mal: formación de la nación mexicana en *Oficio de Tinieblas de Rosario Castellanos*”. Asegura que la gran preocupación de Rosario Castellanos fue la nación en su totalidad, preocupación reflejada en *Oficio de Tinieblas*, pues busca “una clave para comprender las muchas vicisitudes que habían

impedido, antes y después de la Revolución [...], la consolidación equitativa y democrática de una nación a todas luces pluriétnica” (205).

A través de un profundo análisis, la autora resalta elementos clave de la narración antes mencionada que reafirman el objetivo principal del artículo. Por ejemplo, menciona que la narradora toma el problema lingüístico como eje de las contradictorias lecturas de la nación; también asevera que el título de la novela propone que “religión, conquista y duelo conforman un núcleo de sentido aplicable a México-nación” (210). Todas y cada una de las estrategias narrativas son analizadas de manera detallada por Aralia López, quien asegura que este tipo de obras requiere de un lector preparado para leer un texto que desestructura la noción de identidad nacional y que sea apto para cuestionar su propia ideología. En síntesis, se requiere un lector verdaderamente crítico capaz de leer una novela *incómoda*, como bien la llama la investigadora.

El punto medular del estudio de Álvaro Ruiz Abreu es la lectura. En “La lectura, historia y memoria”, retoma todos los elementos que involucran esta actividad: desde cómo se comienza a leer, dónde se lee, por qué se lee y, en consecuencia, cómo se escribe. “La lectura es un proceso y un intercambio de objetos y símbolos personales e históricos” (231), apunta acertadamente el crítico; reconoce en José Emilio Pacheco a un escritor que busca a unos lectores activos, a quienes transporta, a través de su literatura, a otras épocas, lugares y autores. Menciona, párrafos después, las tres revoluciones del libro: la imprenta, la lectura en silencio y el Internet; cada uno con sus complejidades y afectaciones. Al final de su ensayo, regresa a José Emilio Pacheco y plantea la pregunta “¿qué leer y cómo leer en este preciso momento de la historia?”; el investigador acierta al asegurar que la respuesta se encuentra en la crítica y los lectores, quienes “tienen la misión de revitalizar el lenguaje” (248). En definitiva, Álvaro Ruiz muestra cómo el libro y, en consecuencia, la lectura prevalecen a pesar del paso del tiempo.

Al igual que Álvaro Ruiz, Ana Rosa Domenella, en “Escribir la lectura”, hace referencia a las tres revoluciones del libro con el fin de contextualizar su ensayo. Líneas adelante, la investigadora selecciona dos obras, *El último lector* de David Toscana y, otra con el mismo título de Ricardo Piglia. Ambas son

puestas en diálogo, aunque teniendo siempre en cuenta la lectura como actividad y campo de reflexión teórica.

En el resto del artículo, la investigadora analiza los puntos de encuentro entre ambos textos. Por ejemplo, arguye que en la parte donde Piglia habla de la novela policial “está centrado desde la perspectiva del personaje del detective célibe”, mientras que en Toscana “se centran en su papel de acusado y víctima y no le interesa descifrar los móviles del crimen” (274). La investigadora, entonces —a partir de la Teoría de la recepción—, expone y fragmenta para su estudio el entrecruzamiento entre las dos obras del siglo XXI. Lo anterior demuestra, al final del texto, tres elementos importantes que conforman este libro: la teorización de la lectura, y en consecuencia, la escritura y el libro.

A partir de las síntesis anteriores, es posible percatarse de la riqueza teórica, argumentativa y trascendental de cada uno de los ensayos, pues la gran aportación de *Escribir la lectura* surge justo en el momento en que el grupo de investigadores deciden tomar el libro, la lectura y al lector como objetos de estudio y no como acciones. De esta manera, el libro se revela ante ellos —y ante el lector que decide dejar a un lado la pasividad—, al descubrir, en cada lectura, su verdadera identidad, demostrando entre líneas que éste es y seguirá siendo una necesidad.

Diana Angélica Vigil Pablo*
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

D.R. © Diana Angélica Vigil Pablo, México, D.F., enero-junio, 2014.

* anaidvp@gmail.com